

# PRE-LIMINARES

## Carta Editorial

Hace varios meses se presentó el Informe Final de la Comisión de la Verdad. Las cifras, los datos y los hechos daban muestra de la brutalidad con la que hemos convivido los últimos veinte años. Esta violencia que nos tocó a todos de muchas maneras, unas más crueles que otras, unas más terribles que otras, ha dejado tras de sí una saga inconclusa. Nuestra generación ha nacido y crecido con Sendero, con asesinatos, angustia, inflación e inestabilidad; con insensibilidad, incoherencia e insensatez, con la preocupación de “no saber”. Hemos crecido en un “tiempo de vergüenza nacional”.

Y así como el país cambió y creció estos años, las formas de la violencia se han ido transformando, mas no han sido desterradas. Si bien la violencia radical y asesina ya no es percible directamente, nos toca hoy mirarnos con temor e inseguridad. El “otro” que estaba lejos, que los medios y los gobernantes de turno habían encerrado, localizado y estereotipado, se ha liberado de esa jaula imaginaria y ha venido a vivir a nuestro lado, se ha convertido en nuestro vecino, compañero, amigo, líder, se ha convertido incluso en nosotros mismos. La violencia que nos toca hoy es más cotidiana, más cercana, más sutil, pero no por eso menos terrible que la anterior. Las escisiones y la pobreza, la inestabilidad política y el abismo infranqueable entre el estado y la gente obligan a desarrollar estrategias diferentes de socialización y de relaciones entre los actores. El trajinar paranoico de la vida cotidiana nos vuelve a un momento de tensión que nos recuerda que vivimos aquí, un espacio de dudas sin respuestas; terreno que abre mil puertas, pero ninguna con certeza, ninguna con firmeza, ninguna con seguridad.

La tercera entrega de Anthropolia intenta mirar con cautela este espacio. Los jóvenes autores de los artículos se han dedicado a mirar la cotidianeidad urbana, la multiplicidad de conflictos y el modo en que trazamos estrategias para convivir con ellos; pero también hay una preocupación por mirar cómo estamos construyendo al otro, cómo es que hemos ido mirando y haciendo esta comunidad dispersa, a veces hostil, a veces amigable. Los conflictos, las peleas, la lucha, el poder y la violencia no solamente han destruido los tejidos de nuestro manto cotidiano, sino que nos obligan y alientan a construir formas diferentes de entendernos y mirarnos. No se trata solo de un fenómeno disociador, sino de entender la violencia como una manera de relacionarnos, como un modo de pactar socialmente, como un lenguaje. Las preguntas que devienen entonces son: ¿qué quiere decir este lenguaje? ¿es el modo que queremos para expresarnos? ¿por qué nos comunicamos así?

La carga de este tema es difícil para nosotros y para ustedes, nos obliga a un momento de reflexión y de preguntas; nos impulsa la energía y la pasión que hemos aprendido de las generaciones anteriores y nos muestra que somos fruto de esta historia, de desarraigo, de vergüenza, pero también de esperanza, de valor y de inteligencia. La invitación que les hacemos a leer este número, es también una invitación para comprender nuestra mirada, la de un ojo ansioso que espía el futuro desde un pequeño hoyo que ha logrado tallar en el muro de su propia historia.

Los Directores